

CUBA

Una revolución comunista disfrazada?

por JOSE BARBEITO

La "revolución disfrazada" es un engendro de la ferocidad. Y quizá constituye el esfuerzo más peligroso de cuantos pretenden aproximarse a una explicación del proceso revolucionario cubano. Parte del supuesto esencial de que la revolución era comunista desde sus orígenes e intenta superar, por la vía del "disfraz", las contradicciones denunciadas por los acontecimientos. Tesis doblemente infeliz que, al consagrar un apriorismo, altera de modo radical la realidad y ahora, a veces por rechazo, un interés bastardo. No hay dudas de su procedencia anticastrista, pero es también evidente que el régimen de Fidel Castro ha hecho cuanto ha estado en sus manos para proporcionar material a esta tesis, que transforma a los comunistas en los únicos verdaderos creadores de Historia, en el más estricto sentido, y proporciona a las maniobras tácticas del castrismo una consecuencia ideológica que no tienen.

Pero lo que hace particularmente peligrosa esta tesis es su ambivalencia. Por una extraña pero explicable paradoja, esta "revolución disfrazada" ha servido por igual los intereses menos afines, sobre todo los de los comunistas y los de sus adversarios profesionales. Y tenía que ser de ese modo, porque esta caricatura de la Revolución cubana nació de la "guerra fría". Pero también porque, no obstante el extraordinario volumen de citas, datos y estadísticas que ha utilizado, es esta la tesis que más fácilmente puede ser reducida a consignas de rigurosa propaganda. Puede decirse que en ella se cumple al perfecto proceso circular: nace de la propaganda y en ella concluye. Quizá se encuentre en esta condición ambivalente el mejor argumento para

desvirtuarla. De todos modos, merced a esa fácil reductibilidad, es la que ha calculado más profundamente.

La tesis de la "revolución disfrazada" —y nos valdremos aquí de una exposición que, en cierto modo, puede ser reputada como excesivamente simple— presume que el hecho revolucionario cubano nació, se desarrolló y culminó en el régimen castrista por obra de un audaz pero cuidadoso plan elaborado en los laboratorios del movimiento comunista internacional, el cual utilizó para su ejecución a un dirigente poco conocido pero indudablemente hábil llamado Fidel Castro. El absurdo de esta presunción, que hace de la realidad una parodia ridícula, salta a la vista; su sola enunciación es una resta en el haber de la inteligencia humana y sería, por sí mismo, motivo bastante para una seria inquietud sobre la capacidad del hombre actual para afrontar con eficacia el reto de estos "tiempos difíciles". La constatación de que muchos hombres, miles de hombres, juzgan según valores derivados de una presunción semejante, es una experiencia trágica de que actuamos bajo patrones de una radical estulticia.

El modelo de ese plan que debía "disfrazar" el hecho revolucionario cubano, plan cuyas aplicaciones prácticas habrían correspondido a la responsabilidad primordial de los dirigentes comunistas cubanos, aparece trazado por Mao Tse Tung y supone la realización de una "revolución de liberación democrática-burguesa", promovida y dirigida de manera más o menos encubierta por los comunistas, y su posterior conversión en una "revolución socialista", en la cual los comunistas abando-

nan el "disfraz" y asumen directamente, luego de suprimir a los compañeros de la víspera, el control del Estado. Evidentemente, hay en esta generalización teórica tantos puntos de contacto, digamos casuales, con la realidad, que se hace preciso un mantenido esfuerzo de la voluntad para no caer en la tentación de señalar exactitudes previas allí donde sólo puede comprobarse aproximaciones "a posteriori". No es posible perder de vista que entre toda teoría y la realidad hay una serie posible de entrecruzamientos que sería trágicamente peligroso constituir en dogmas. Por haber hecho a un lado la relatividad esencial de toda generalización, hay quienes han asignado a este supuesto plan cierto carácter de modelo para todos los países subdesarrollados e interpretado como naturaleza específica suya la comunidad de conflictos materiales y sociales que el subdesarrollo crea en tales países. Es decir, que el juicio obra aquí sobre las condiciones prevalecientes en tales naciones y en modo alguno sobre las generalizaciones que pretenden tipificar una acción; se opera una deformadora reducción que concluye identidades donde sólo hay similitudes.

Aunque es evidente su pretensión de crear un modelo —y un modelo para la acción—, Mao no presume cualidades mágicas en los comunistas ni ignora los adversarios; la "revolución disfrazada", en este sentido, no es imputable a su pensamiento. Cabe afirmar que Mao rechaza la posibilidad de enmascarar un movimiento revolucionario —es más, no piensa siquiera en eso—. Su modelo habla de "un nuevo tipo de revolución realizada por el proletariado con el propósito de establecer, en la

primera etapa, una Nueva Democracia y un Estado bajo la dictadura conjunta de todas las clases revolucionarias". Se trata de la acción posible de acuerdo con determinadas condiciones específicas. Incapaces de llevar a cabo por sí mismos y directamente, por imperativo de las circunstancias, una revolución social, los comunistas se avienen a integrarse en un frente de lucha que está realizando una revolución política, a la cual las organizaciones revolucionarias democráticas darían culminación aunque los comunistas se mantuvieran al margen. Es, sencillamente, una lección de oportunismo político. Más aún, de supervivencia: lo que importa es no ser eliminados.

Mao sabe que toda revolución política genuina supone una serie a veces bastante amplia, de realizaciones sociales; de ahí su insistencia en la momentánea supeditación de los objetivos comunistas a las metas de esa revolución política que, por su propia dinámica interior, podría exceder los esquemas marxistas. Se trata de un cuidadoso llamado de atención sobre el sectarismo. Lo que él destaca en esa revolución no es precisamente su carácter, que no está en sus manos determinar, sino la calidad de tránsito hacia una revolución socialista que, de modo necesario, debe tener para los militantes comunistas. El modelo creado en China durante la guerra nacional contra la dominación japonesa asegura que la primera etapa revolucionaria proporcione las condiciones de la segunda. Y esto es de la mayor importancia. No es posible quemar las etapas (Mao advierte sobre el error de intentar dar culminación a "la revolución política y la revolución social en una sola etapa"); y para poder realizar su propia revolución los comunistas deben reconocer el hecho político en desarrollo y cooperar con él. En el pensamiento de Mao los comunistas no pueden entregarse a la revolución política ni oponerse, sino que deben integrarse en ella tras el objetivo mediato de la revolución socialista. No se trata, pues, para los comunistas, de "disfrazar" una revolución, sino de no ser excluidos de un movimiento revolucionario que existe ya con características propias.

Hay otra circunstancia que debe ser escrupulosamente tomada en cuenta. El modelo de Mao Tse Tung, no obstante sus pretensiones, no orienta eventualidades, es decir, acontecimientos por ocurrir, sino que extrae generalizaciones de un hecho concreto particular, en este caso la Revolución china, de la cual ofrece una versión idealizada según los intereses actuales de la secta en el poder. Procedimiento nada original que caracte-

teriza la casi totalidad de los textos comunistas. Mao presume que la circunstancia china puede repetirse en todas partes y especialmente en los países subdesarrollados. Pero su modelo no señala al origen ni la naturaleza del fenómeno revolucionario, sino que se limita a historiar tendenciosamente los acontecimientos.

No otra cosa pretende hacer Blas Roca cuando, con la vista puesta en las teorías de Mao, dice que "la Revolución abrió el camino para el rápido desarrollo económico de Cuba. Pero no se limitó a realizar la tarea política de la liberación nacional y efectuar una reforma agraria de gran alcance. La Revolución fue más lejos, pasando a una etapa socialista de desarrollo". Pasemos por alto las afirmaciones gratuitas relativas al desarrollo. Es enteramente cierto que la Revolución hizo eso que afirma Blas Roca, quien se limita en este caso a dar una constancia casi notarial. Digamos más. Bajo la denominación común de "revolución" Blas Roca distingue dos acontecimientos distintos entre sí aunque relacionados: uno, el acto de realizar la liberación política nacional, con su secuela social de la reforma agraria, y el otro, la Revolución socialista. De la exposición puede deducirse sin esfuerzo que ambos hechos no son necesariamente dependientes. Aunque la Revolución cubana no hubiese ido "más lejos" no por ello habría dejado de cumplir su específico "role" político. La "etapa socialista" es, evidentemente, un añadido; se trata de otro acontecimiento que se superpone.

Quizá la radical diferencia que hay entre estos dos hechos arbitrariamente confundidos resalte con mayor claridad en el siguiente párrafo de un discurso pronunciado por Aníbal Escalante el 7 de mayo de 1961: "Fidel proclamó que nuestra revolución es socialista, que ha entrado en su fase socialista. No estaba haciendo una promesa tal como "vamos a hacer una revolución socialista", no; él explicó un hecho que ya ha tenido lugar. La Revolución cubana ha superado su primera etapa, la primera fase de la liberación nacional antifeudal ha sido completada.

Hagamos abstracción, sin embargo, de estas inconsecuencias entre la pretensión teórica y la realidad que le sirve de base. Es evidente que el proceso revolucionario cubano, visto como una totalidad, y su presunto modelo teórico extraído por Mao Tse Tung en 1940 de su experiencia china, coinciden singularmente. Y es en esta coincidencia formal que se apoya la tesis de la "revolución disfrazada".

¿Quiere ésto decir, sin embargo, que hallaremos en el desarro-

llo de los acontecimientos una orientación sistemática de la cual pueda deducirse que, desde su origen, la Revolución cubana se dirigía a una culminación socialista? ¿Demuestran los actos sucesivamente cumplidos en el proceso revolucionario cubano que, no obstante las inconsecuencias teóricas, ha habido un plan de la revolución, que ese plan correspondía de manera más o menos aproximada al modelo de Mao y que su estructuración fue tan rigurosa y su aplicación tan exacta que del general contexto surge como una necesidad la tesis de la "revolución disfrazada"? ¿Puede con legitimidad hablarse de una conspiración comunista que promovió, orientó y dió cumplimiento a la Revolución?

El modelo de Mao, ya se derive de él un acto "enmascarado" o se mantenga sólo como un proceso revolucionario intencionalmente realizado en dos etapas complementarias concatenadas, reclama la existencia de una serie mínima de prerequisites. Es decir, que "una revolución disfrazada" exige un acuerdo de los comunistas con el planteo político insurreccional y su consecuente participación, en tiempo y forma, en la lucha, donde su trabajo ha de haber sido bastante apreciable como para determinar su incorporación, con personalidad propia, a las estructuras de poder político encargadas de dar culminación al proceso revolucionario. En ausencia de un acuerdo evidente estos requisitos previos tenían que "estar dados" sobre una base digamos clandestina.

La oposición al régimen de Fulgencio Batista estuvo planteada desde el primer momento en términos insurreccionales. Constituye una de las grandes falsificaciones de este proceso —y sus consecuencias han sido terribles— haber dado por sentado que el "Movimiento 26 de julio", porque condujo hasta su terminación triunfante el hecho revolucionario, era la única organización de base insurreccional. El periodismo sensacionalista ha conspirado permanentemente contra una verdadera comprensión de la Revolución cubana en todos los sentidos. El "Movimiento 26 de Julio" fue, sin duda, la más eficaz, pero no la única, ni la primera, de todas las organizaciones que vieron la crisis institucional creada por el cuartelazo del 10 de marzo de 1952 como un hecho cuya única solución era de carácter bélico.

Ya en 1952 era de dominio público que el Partido Revolucionario Cubano (auténtico), al cual pertenecía el Presidente Dr. Carlos Prío Socarrás, derrocado por Batista, rechazaba la llamada "solución cívica", que comenzaba a reunir en torno suyo un crecido

número de opositores convencionales dispuestos a hacerle el juego a la dictadura. La opción bélica del PRC era tan evidente que cuando el ex-Presidente "auténtico" Ramón Grau San Martín, en un acto de manifiesta traición a su país y su partido, decidió prestarse a la farsa electoral de Batista, no encontró fórmula mejor para justificarse que explicar la situación de Cuba en términos de "votos o balas".

Diferencias tácticas, pero no de orientación, produjeron en ese mismo PRC la escisión que creó la "Organización Auténtica", inspirada por el ex-Presidente Prío, y la "Triple A", dirigida por su ex-Ministro de Educación, Dr. Aureliano Sánchez Arango. Ambas organizaciones habían cumplido una amplia trayectoria clandestina cuando se produjo el asalto al cuartel Moncada de Santiago de Cuba. Y otro tanto puede decirse de la Federación Estudiantil Universitaria, de la cual se desprendió posteriormente el "Directorio Revolucionario 13 de Marzo", bautizado así en recuerdo del asalto al Palacio Presidencial.

El "Movimiento 26 de Julio" surge como expresión insurreccional de la militancia del Partido del Pueblo Cubano (ortodoxo), que rechazaba la participación de sus dirigentes en las maniobras electorales del régimen marxista. Es interesante consignar que la primera acción realizada contra el cuartelazo por Fidel Castro, que había sido candidato a Representante a la Cámara por el PPC, consistiera en la presentación de un alegato jurídico ante el Tribunal de Garantías Constitucionales que, aunque denunciaba los males que necesariamente se derivaban de la tiranía y el fin trágico que estaba llamada a sufrir, no constituía en modo alguno un hecho de carácter bélico. Esta procedencia "ortodoxa" fue objeto de una dramática manifestación en el primer acto insurreccional del M-26-7, el asalto al Cuartel Moncada, durante el cual debía ser radiado a toda la nación el último discurso pronunciado, poco antes de suicidarse, por el Dr. Eduardo R. Chibás, fundador de la Ortodoxia.

Frente a esta decisión revolucionaria, con un grado mayor o menor de responsabilidad, formaba filas todo el tradicionalismo político sin mensaje y sin inquietudes, a quien la tiranía sólo había despojado de los símbolos exteriores del poder. En esas filas, jugando a una oposición formalista que servía los intereses de Batista, defensores del "voto negativo" (1) en la farsa electoral, se encontraban —aunque despojados de personalidad jurídica— los comunistas, demasiado dependientes de sus viejos esquemas dogmáticos, demasiado fieles a anacrónicas eva-

luaciones de la situación de Cuba y, digámoslo de una vez, demasiado aburguesados para captar adecuadamente el ritmo y la naturalidad de los acontecimientos. Los comunistas cubanos sólo tenían de revolucionarios el lenguaje. Pero ese lenguaje no impidió que en fecha tan tardía como junio de 1957, cuando desde la Sierra Maestra el "Movimiento 26 de Julio" rechazaba las gestiones conciliadoras de la "Sociedad de Amigos de la República" y oponía a la tesis del entendimiento cívico —ridícula fórmula engendrada por la cobardía— la decisión de la guerra sin cuartel, el sabotaje y la tea incendiaria, el Partido Socialista Popular tomara encubierta posición frente al movimiento revolucionario.

A siete meses del desembarco de Niquero los comunistas publicaban en su "Carta Semanal", la cual circulaba en Cuba por correo ordinario con la faja distintiva como correspondencia de segunda clase, este mensaje que defendía la consulta electoral y, de paso, reiteraba su condenación a la lucha guerrillera que tenía por escenario las montañas orientales:

"Oportuna y convenientemente, con anterioridad al 30 de noviembre, fecha del alzamiento de Santiago de Cuba, nuestro partido dio a conocer a ustedes, a Fidel Castro y a los demás dirigentes del Movimiento 26 de Julio, nuestra radical discrepancia con las tácticas y los planes elaborados por ustedes con relación a la situación del país. Les dijimos entonces con toda seguridad que la vía del pueblo no podía ser —y no era como los hechos lo han confirmado— la de las acciones aisladas, la de la expedición que no tomaba en cuenta las condiciones subjetivas de la situación, la de la actividad individual o de pequeños grupos que se hacía al margen de las masas y sin contar con ellas. Con la misma seguridad —y estamos convencidos de que con la misma razón— les decimos ahora que las tácticas de que ustedes hablan en su documento son inadecuadas e incorrectas. Nuestra historia prueba que jamás la acción aislada, la actuación de grupos e individuos que se basaban en sus deseos y no en la situación objetiva y la lucha de masas pudo lograr éxito...".

Y más adelante, después de una específica condena del sabotaje, para que no hubiera dudas respecto de su oposición al hecho de armas que se desarrollaba y, consecuentemente, de su solidaridad con las fórmulas "pacíficas" de la tiranía que llenaban la nación de víctimas, el PSP concluía:

"No, distinguidos compatriotas, el medio ambiente de este momento, la temperatura política del país no son los de 1895. Hoy, por

muy exuberante que fuera la imaginación, no podría decirse que existe un real estado de guerra en todo el territorio nacional...".

Los comunistas, una vez más, se equivocaban. Y menos de un mes después de la publicación de esta "Carta", los acontecimientos se encadenaban espontáneamente para rechazar su apreciación de la realidad y evidenciar el clima revolucionario de la nación. El asesinato de Frank País —ocurrido el 30 de julio de 1957—, quien había tenido a su cargo la responsabilidad del alzamiento de Santiago de Cuba que los comunistas reprobaban, creó una verdadera oleada de indignación que estuvo a punto de provocar la caída del tirano y paralizó más de la mitad de Cuba.

Como consecuencia de ese hecho los comunistas realizaron una profunda revisión de su política, a escala nacional; la huelga del 30 de julio no sólo hablaba del estado de insurrección popular que realmente había, sino que también denunciaba la debilidad sustancial del régimen batistiano. Sus anteriores tomas de posición frente al proceso revolucionario les ponían en serio riesgo de ser efectivamente barridos; y esta vez no de modo metafórico y formal. Y así como hasta unos días antes habían, con su repudio al hecho insurreccional, respaldado la dictadura de Batista, los comunistas se entregaron ahora a la tarea febril de buscar a toda costa un pacto con las organizaciones revolucionarias.

Se trataba —y ahora sí en perfecta consonancia con el modelo de Mao Tse Tung— de no ser eliminados. La consigna veintista de "unidad por la base" rechazó los conatos de Frente Popular esbozados por los teóricos del PSP (2) y, en cierto modo, les empujó a la traición del 9 de abril de 1958, que quitó al movimiento de resistencia en las ciudades la posibilidad de pesar definitivamente en el resultado final de la lucha (3).

Con el fracaso de abril el afrontamiento con la dictadura se trasladó hacia los campos, y en la huela de las tropas revolucionarias los comunistas sembraron pequeños grupos guerrilleros (4). Fue entonces que el Partido Socialista Popular recordó que, en su Manifiesto Político-Social de la Sierra Maestra, fechado en julio 12 de 1957 (a pocos días del repudio de la "Carta Semanal"), el M-26-7 había convocado para la formación de un "Frente Civil Revolucionario" y se movió en esa dirección. Pero, cegados nuevamente por el espejismo de sus esquemas, los comunistas calcularon que la Revolución, al modificar su estrategia y cambiar el trabajo clandestino por la guerra frontal, alargaba el término de la lucha. Y en un nuevo esfuerzo por obligar al

"Movimiento 26 de Julio" a formalizar un acuerdo que les incluyese según sus condiciones, intentaron repetir la maniobra del 9 de abril, que había tenido como base la relativa debilidad individual de los grupos combatientes para producir el derrocamiento. Al hacerlo perdieron la oportunidad de estar presentes cuando las distintas organizaciones revolucionarias integraron el necesario y ya visible frente de lucha contra la tiranía. Porque la unidad intentada infructuosamente en diciembre de 1957, mientras los comunistas gestionaban interesados arreglos en la base obrera del M-26-7, culminó en Caracas el 20 de julio de 1958.

Es casi seguro que el Pacto de Caracas sorprendió más a los comunistas que al propio régimen batistiano, y fue tan negativo para el uno como para el otro, porque en aquella unidad que fortalecía decisivamente la oposición revolucionaria y privaba a la dictadura de un elemento de propaganda, ninguna de las personas signatarias del Pacto podía, en aquellos momentos, ser fundamentalmente señalada como sospechosa de mantener cordiales relaciones con el PSP (5).

Los comunistas hicieron todavía un nuevo esfuerzo por conducir los acontecimientos según sus intereses y en agosto 28 llamaron individualmente a la formación de un "frente nacional democrático unido contra Batista". Este llamamiento fue interpretado por las organizaciones insurreccionales como una acción cómplice que pretendía ignorar y, si posible, destruir el acuerdo de Caracas; y el "Movimiento 26 de Julio" respondió con una carta publicada en el "New York Times" que desvinculaba radicalmente a los comunistas del movimiento de oposición a Batista. Unas semanas antes del triunfo, y ya sin condiciones, Carlos Rafael Rodríguez ingresó al campo rebelde y esperó, en el seguro veraneo del Segundo Frente Oriental, que mandaba Raúl Castro, la terminación del conflicto. El viejo stalinista intentaba salvar del huracán el averiado cascarón del PSP.

En esos momentos, a pesar de los posibles arreglos hechos con Ernesto "Ché" Guevara en Las Villas, la posición del Partido Socialista Popular era tan precaria en el esquema insurreccional, que el aparato internacional de la propaganda comunista no se atrevía a hacer un diagnóstico definitivo del proceso revolucionario. Los grandes titulares de la prensa comunista no tomaron constancia de la Revolución cubana hasta diciembre 26 de 1958, fecha en que el desmoronamiento de la tiranía era cuestión de días, y casi siempre en un esfuerzo evidente por reivindicar, a veces sin el menor

respeto por la verdad (6), la actuación del PSP en la lucha contra una de las dictaduras más sangrientas de América.

La exclusión comunista parecía de tal modo un hecho consumado que "Pravda" no puede evitar, en su edición del 3 de enero de 1959, darle al hecho revolucionario un tratamiento distante y en tercera persona, como de obra ajena, en el cual no vislumbraba oportunidad mayor que la posibilidad de desarrollar un "verdadero movimiento popular de liberación".

Como una natural consecuencia de estas circunstancias, que acusaban la comisión de todos los errores tácticos que, según el modelo chino, los comunistas debían evitar, quedó integrado el Gobierno revolucionario, es decir, el poder político encargado de dar culminación al esfuerzo insurreccional. Entre sus integrantes había hombres violentamente radicales, pero sólo en contadísimas excepciones podía hallarse entre ellos antecedentes de un pasado o una formación marxistas (7).

En el movimiento obrero —un sector de gran importancia en la esfera de acción comunista— se reprodujo casi a la letra la composición de los organismos políticos; y los líderes obreros revolucionarios, que sólo admitían valores del clandestinaje, desalojaron expeditivamente a los comunistas de aquellos contados sindicatos que habían ocupado durante la confusión del triunfo. La totalidad del Ejecutivo Nacional de la Confederación de Trabajadores de Cuba Revolucionaria, con la sola excepción de Jesús Soto, que era una efectiva infiltración del PSP, quedó integrada por dirigentes de conocida procedencia democrática; y otro tanto ocurrió a nivel de las Federaciones de industrias y de los Sindicatos.

Parece posible deducir, de acuerdo con tales hechos, cualquiera que sea la toma de posición final frente a esta ecuación que cosecha un régimen de terror totalitario donde sembró una revolución libertadora, que no hubo entre los comunistas y los grupos revolucionarios democráticos, tanto en el curso de la lucha insurreccional como en la hora del triunfo, la necesaria convergencia de la cual sea posible derivar con algún fundamento la tesis de "una revolución disfrazada". Los prerequisites establecidos por el modelo de Mao Tse Tung no estuvieron presentes en la composición del proceso revolucionario; los comunistas rechazaron el planteo armado de la lucha y los fundamentos teóricos que la determinaban y, como una natural consecuencia, sólo se incorporaron a ella tarde y mal.

Y, sin embargo, ha habido en Cuba una revolución que objeti-

vamente puede ser dividida en dos etapas y cuya segunda fase culminó con la participación de aquellos que habían resultado eliminados en la primera parte del proceso. Es decir, que se cumplió y no se cumplió el modelo de Mao Tse Tung. En cierto modo cabría hablar de un cumplimiento de los objetivos del modelo contra las técnicas de acción que hacían posible, o que debían hacer posible, la aplicación del modelo. La revolución de dos etapas se operó en Cuba sin que hubiera un plan de esa revolución y, en cierta forma, contra los datos que informaban el proceso como una totalidad.

Pero cabría preguntarse, por otra parte, ¿qué revolución no ha tenido dos o más etapas? ¿Y por qué cerrar definitivamente el curso de la Revolución cubana y asignarle desde ahora dos etapas, sólo porque el modelo chino así lo quiere?

No se trata de meter el problema dentro de una solución, sino, por el contrario, de encontrar una solución adecuada para el problema. La "revolución disfrazada" es ante todo un absurdo; pero además, y esto es quizá de la mayor importancia, deja sin respuestas la mayor parte de las incógnitas planteadas por el contecimiento revolucionario. Eso basta para que sea inaceptable. Al hacer a un lado la compleja situación creada por la falta de participación de los comunistas en la lucha revolucionaria se desecha un elemento indispensable para la comprensión verdadera del proceso. Alguna razón debió presidir esta ausencia de relación viva entre las organizaciones revolucionarias y el PSP, y alguna consecuencia debe derivarse de esa agresiva exclusión, así como del hecho comprobado de que los escasos contactos habidos estuvieron gobernados por un signo negativo y que ambas fuerzas salieron de ellos más enemistadas, si cabe.

Claude Julien tiene absoluta razón cuando, en 1959, fecha de su última visita a Cuba, deduce que "entre los comunistas y los partidarios de Fidel Castro hay, pues, en este momento, profundas diferencias de ideología, de táctica y de objetivos a corto y a largo plazo". El error consiste en situar la expresión "partidarios de Fidel Castro" en el marco de 1963; porque, efectivamente, en 1959, el modo más directo y simple (aunque quizá también el más inexacto) de referirse a quienes integraban el "Movimiento 26 de Julio", incluía el ala democrática actualmente perseguida, era llamarles "fidelistas". Entre aquella ala democrática y los comunistas, incluidos los compañeros de viaje infiltrados en el M-26-7, las diferencias no habían hecho más que crecer en el

curso de la lucha; en muchos casos esas diferencias habían abierto dolorosas heridas. El triunfo hizo aún más vivos esos antagonismos y menos flexibles a los combatientes. Pero también —y es éste otro importante elemento desechado— el triunfo debilitó primero y destruyó después los vínculos creados por el combate y el peligro y, al cernir el campo, enfrentó por el poder a los compañeros de la víspera. El proceso revolucionario cubano es enteramente incomprensible, cualquiera que sea la toma de posición que se adopte frente a él, si se pierde vista que todo el año 1959 estuvo señalado por una guerra a veces sorda, pero siempre terrible, por el control de los instrumentos de poder del Estado.

(Capítulo del libro
"REALIDAD Y MASIFICACION"
en prensa.)

NOTAS

(1) Cuando Fulgencio Batista preparó la farsa electoral de 1954 los comunistas respaldaron la consulta cívica bajo la tesis de que votar por el doctor Ramón Grau San Martín era votar contra Batista. Esto es lo que se llamó el "voto negativo". Habida cuenta de que la dictadura no estaba asentada en una legalidad electoral, sino en las bayonetas concurrir a unas elecciones que necesariamente, por la falta de garantías, debían darle el triunfo a Batista constituía una convalidación del cuartelazo del 10 de marzo de 1952. Frente a esta tesis estuvieron unánimemente todas las organizaciones revolucionarias.

(2) "Mi interlocutor (Carlos Rafael Rodríguez) insiste en las dos condiciones que son a sus ojos indispensables para permitir la unión de todas las fuerzas hostiles a Batista. El quería primero que fuera elaborado un programa común y creado una especie de "gabinete fantasma", en el cual las carteras ministeriales serían repartidas igualmente entre las diversas tendencias. Varias tentativas en este sentido han fracasado debido, estima él, a la intransigencia de Fidel Castro." Claude Julien: "La Révolution Cubaine", ed. Julliard, París.

(3) "Es así que, en un gran inmueble de La Habana, encuentro a Carlos Rafael Rodríguez, miembro del Buró Político del PC cubano. Me declara que el Partido, juzgando la huelga del 9 de abril insuficientemente preparada, no participó en ella, y espera que su fracaso convencerá a Fidel Castro de la necesidad de mostrarse en el porvenir más conciliador para favorecer la unión de las diferentes fuerzas de oposición." Claude Julien: op. cit.

(4) En una entrevista publicada por la revista "O'Cruseiro", de Río de Janeiro, en julio 16 de 1959, Ernesto "Ché" Guevara afirmó haber logrado, al término de la marcha realizada por Camilo Cienfuegos y él desde la Sierra Maestra, en octubre de 1958, la unidad

combatiente de las fuerzas guerrilleras en El Escambray, Las Villas. Según Guevara, esas fuerzas estaban integradas por las tropas de Eloy Gutiérrez Menoyo. (II Frente Nacional del Escambray), Faure Chomón y Rolando Cubela (Directorio Revolucionario 13 de Marzo), dos grupos pequeños de la Organización Auténtica y el PSP, este último mandado por Félix Torres, y las unidades del Ejército Rebelde del M-26-7, que comandaban Camilo Cienfuegos y el propio Guevara.

(5) El "Pacto de Caracas" fue firmado por: Fidel Castro, por el M-26-7; Carlos Prío Socarrás (exilado), por la Organización Auténtica; E. Rodríguez Loche (exilado), por el Directorio Revolucionario; David Salvador (hace casi tres años que espera ser juzgado en las prisiones castristas); Orlando Blanco, Pascasio Lineras (exilado) Lauro Blanco (fusilado) José María de la Aguilera y Angel Cofiño (exilado) por Unidad Obrera (fue esta Unidad Obrera la que convirtió el Frente Obrero Nacional del M-26-7 en Frente Obrero Nacional Unido); Manuel Antonio de Varena (exilado) por el Partido Revolucionario Cubano (a); Lincoln Rodón (exilado), por el Partido Demócrata; José Puente (exilado) y Omar Fernández, por la Federación Estudiantil Universitaria; capitán Gabino Rodríguez Villaverde, ex-oficial del Ejército de la República; Justo Carrillo Hernández (exilado), por la Agrupación Montecristi; Angel María Santos Buch (exilado), por el Movimiento de Resistencia Cívica; y José Miró Cardona (exilado), en calidad de coordinador-secretario general.

(6) "En la ilegalidad, desde el primer momento, pero ligado indisolublemente a la entraña del pueblo trabajador cubano, fue el Partido Socialista Popular el que llamó a unificar y coordinar los esfuerzos de la resistencia. Sin descanso, expuesto al fuego represivo de la dictadura, movilizaba a la clase obrera y campesina, bregaba por cerrar las fisuras entre las fuerzas opositoras, llamaba a reforzar la solidaridad con

los patriotas armados en las selvas y montañas y a integrar todas las fuerzas resistentes —cíviles y guerrilleras— en un amplio frente nacional de liberación." ("La Hora", órgano del Partido Comunista argentino, Buenos Aires edición de enero 2 de 1959.)

(7) El primer gobierno revolucionario estuvo integrado del siguiente modo: Manuel Urrutia (M-26-7), Presidente; José Miró Cardona (independiente), Primer Ministro; Luis Buch (Movimiento de Resistencia Cívica), Ministro de la Presidencia; Humberto Sorí Marín (M-26-7), Ministro de Agricultura; Luis Orlando Rodríguez (Partido del Pueblo Cubano), Ministro de Gobernación; Dr. Julio Martínez Páez (independiente), Ministro de Salubridad; Roberto Agramonte (Partido del Pueblo Cubano), Ministro de Relaciones Exteriores; Faustino Pérez (M-26-7), Ministro de Recuperación de Bienes; Manuel Fernández (de origen guitarrista), Ministro del Trabajo; Rufo López Fresquet (independiente), Ministro de Hacienda; Enrique Oltuski (M-26-7), Ministro de Comunicaciones; Manuel Ray Rivero (Movimiento de Resistencia Cívica, de procedencia ortodoxa), Ministro de Obras Públicas; Armando Hart (M-26-7), Ministro de Educación; Augusto Martínez Sánchez (procedencia comunista), Ministro de Defensa; Osvaldo Dorticós (procedencia comunista), Ministro de Leyes Revolucionarias; Fidel Castro, delegado presidencial en las Fuerzas Armadas. De este gobierno revolucionario Urrutia se encuentra asilado desde hace más de dos años en una embajada en La Habana; Miró Cardona está exilado; Humberto Sorí Marín fue fusilado; Luis Orlando Rodríguez, que después fue embajador en Venezuela, ha sido degradado a un oscuro puesto; otro tanto ha ocurrido con Julio Martínez Páez, Enrique Oltuski y Faustino Pérez; Agramonte, Manuel Fernández, Rufo López y Manuel Ray se hallan en el exilio. Osvaldo Dorticós ha sido promovido a la Presidencia de la República y Augusto Martínez a Ministro del Trabajo.